

tonil que había elegido para guarida, vió á pocos pasos el perfil redondeado y las largas orejas de una liebre tan blanca como él mismo. Antes de que pudiese darse cuenta de la presencia del armiño, éste le había saltado al cuello y le había mordido detrás de la cabeza, dejándola instantáneamente sin vida. Bebió con ansia la sangre que brotaba de la herida, sin cuidarse de que con ella manchaba su albo pelo, comió un poco de la carne y se retiró á escape á su vivienda, porque sobre la nieve se esbozaba ya la ancha sombra de un cazador siberiano de los que se ganan la vida buscando animales de piel fina.

Aquel hombre cogió la liebre muerta y echó á andar con ella, llevándola colgada de manera que iba dejando por el suelo un rastro de sangre. Después se detuvo, dejó la liebre en el suelo y alrededor de ella clavó unos cuantos palitroques que cortó de los árboles cercanos y que cubrió luego con ramas de pino, hierba y nieve, hasta formar una suerte de diminuta cabaña, dentro de la cual quedó encerrado el cadáver del roedor. Esta cabaña tenía su puerta, y delante de ella colocó el siberiano cuatro estacas verticales sosteniendo un pesado madero, casi una rama entera de

pino. Un palito largo y delgado, apoyado en el suelo junto á la liebre, servía también de soporte al madero. Era una trampa en toda regla, y el cazador, satisfecho de su trabajo, desapareció entre los árboles volviéndose de vez en cuando para borrar las huellas que iba dejando.

Al día siguiente el armiño volvió á salir y lo primero que hizo fué dirigirse al sitio donde mató la liebre. Al ver que ni siquiera quedaban los huesos, se levantó sobre sus patas posteriores y olfateó en torno suyo, como lo hacen todos los animales del campo tan pronto como advierten alguna cosa anormal. Ciertamente el rastro de sangre le llegó á la nariz. Allí cerca estaba el rastro, y á saltitos con su manera de andar particular, siguió la sangrienta huella hasta llegar junto á la trampa. Allí estaba la choza en miniatura que había hecho el siberiano, y allí estaba también la liebre, fresca todavía y más apetitosa que nunca. Si aquella liebre era suya, si la había matado él, ¿por qué no tirarle otro bocado? Decidido á tirárselo, dió un saltito en la puerta misma de la pequeña choza. Nunca lo hubiera hecho. El madero cayó con todo su peso sobre el espinazo del armiño, y éste quedó sin vida.

La mujer que ha hecho callar á un ministro



MISS MOLONEY HACIENDO CALLAR AL MINISTRO

Durante las recientes elecciones en Dundee, ha ocurrido un incidente extraordinario, aunque muy típico de las costumbres inglesas y de las artes de que se valen las «sufragistas», ó sea las mujeres empeñadas en la lucha por obtener derechos electorales para las mujeres. Era uno de los candidatos el ministro Mr. Winston Churchill, uno de los individuos más significados del nuevo gabinete inglés, escritor, aristócrata, amigo de aventuras, corresponsal en la guerra anglo-boer, é hijo del famoso lord Randolph Churchill.

Desgraciadamente para él, Mr. Churchill ha incurrido en las iras de las «sufragistas» y una de las más valientes, Miss Moloney, joven atractiva y dotada de notable ingenio, fué la encargada de aguarle la elección al joven ministro.

Cuando éste empezó á pronunciar en público su discurso electoral más decisivo, Miss Moloney, subida en un coche, empezó á tocar una campana de respetables proporciones, ahogando la voz del orador, y aprovechando la confusión y la ira de éste, empezó ella á hablar y lo hacía con tal abundancia de chistes y de

ingenio, que bien pronto el público volvió la espalda al ministro para escuchar á la graciosa Miss. Repetidas veces quiso Churchill reanudar su discurso. Miss Moloney ahogaba siempre su voz con la terrible campana.

Quince minutos duró la lucha, al cabo de los cuales el ministro, todo mohino, dejó el campo libre á la «sufragista», jurando no volver á hacerse enemigos entre las mujeres.

Los maestros de escuela, juzgando por las estadísticas demográficas, figuran entre la gente que alcanza más larga vida.

En vez de un asilo ó una prisión, tiene Bélgica para sus vagabundos, rateros y demás gente maleante, una gran granja modelo cerca de Amberes. La regularización de trabajo, y también lo penoso del mismo, ha hecho de muchos bribones allí reclusos útiles obreros y hombres de provecho.